

PRIMER PREMIO CATEGORÍA A (8 a 11 años)

LA GRAN AVENTURA DE POMPÓN EL CONEJO

Érase una vez un conejo llamado Pompón al que le encantaba comer zanahorias, saltar a la comba, escalar árboles...

Se liaba saltando, a veces, y escalando árboles.

Desde que saltó de un árbol muy alto y se cayó hace una semana.

Se rompió un brazo y una pierna.

Desde entonces tenía miedo a escalar y saltar.

Cada día venía a verle su mejor amigo llamado Azul. Azul intentaba convencer a Pompón de que no era malo saltar ni escalar, era necesario, pero pompón no le creía. Hasta que un día se armó de valor y dio un paseo de más de un kilómetro saltando y descubrió que podía alcanzar árboles de la altura de un edificio de cuatro pisos y mucho más con su amiga la ardilla.

Se lo fue a decir a todo el mundo y especialmente a su amigo Azul el conejo, se puso muy feliz como todo el mundo por la aventura de Pompón el conejo, una aventura que pasaría muy pronto a la historia, pero nadie lo sabía, solo tú y yo.

LUCÍA ALMARZA CABALLERO

SEGUNDO PREMIO CATEGORÍA A (8 a 11 años)

Había una vez dos hermanas, Lidia y Noa, vivían en Nava-Longam, un pueblecito donde los pajaritos cantaban y las nubes parecían de algodón.

Un día terrible hubo un incendio forestal. El humo las obligó a irse a casa de su abuelo.

Tras 2 días pudieron volver, Lidia hizo una nueva amiga, que también la desalojaron. Se llamaba Carla y vivían muy cerca.

Jugando en su casa vieron por la ventana un agujero en la montaña que brillaba como si no tuviera fin.

– Es super peligroso – dijo Noa.

– Exacto – dijo Lidia. – Por eso tenemos que ir.

Subieron a escondidas.

No era un agujero, era un portal. De él salió volando un hada con alas de azúcar.

– ¡Socorro! – gritó el hada. – Un científico amargado incendió el bosque con un fuego que podía alcanzar árboles de la altura de un edificio de cuatro pisos para secuestrar a nuestra reina, sin ella el bosque no se curará.

El hada les dio un mapa. Se colaron al laboratorio por el conducto de ventilación, el hada reina estaba en una jaula dormida, las niñas la despertaron y la liberaron pero sonaron las alarmas, que sonaban muy familiares.

Salieron del portal, pero detrás de ellas salió el villano Vecna (el científico) acompañado de tres demogorgons.

En ese instante el ayuntamiento anunció:

– ¡No salgan de sus casas! –

Lidia gritó tan fuerte que... ¡Despertó!

Abrió los ojos, – Pesadilla – dijo Lidia, pero al mirar por la ventana las calles estaban desiertas, y en su mesita había una nota que decía:



¡Claro, la alarma era mi despertador! ¿Pero y la nota...?

LIDIA DEL PESO

TERCER PREMIO CATEGORÍA A (8 a 11 años)

MARIPOSA COLORIDA

Esta mañana he ido al colegio y me he encontrado a una mariposa de colores, era preciosa. Mi amiga y yo hemos jugado a seguirla. Nos ha llevado hasta un bosque de hadas y dragones. Los dragones eran preciosos, tenían un color azul marino, las hadas eran como personitas con alas, volaban muy alto, podían alcanzar árboles de la altura de un edificio de cuatro pisos. Mi amiga y yo fuimos a investigar este bosque mágico, lleno de secretos por descubrir. Primero vimos una cueva luminosa. Al entrar nos caemos por un hoyo que nos lleva a una casita, al entrar en la casita nos encontramos a una familia de osos parlantes. Nos asustamos y salimos corriendo, entonces volvemos a ver a la mariposa, la mariposa se transforma en persona. Nos coje de la mano y nos lleva de vuelta al colegio. Al llegar a casa, le contamos lo sucedido a nuestros padres, ellos no nos creen, pero nosotras sabemos lo que hemos visto y nunca s nos va a olvidar, es una experiencia que dura toda la vida, una experiencia inolvidable.

ALICIA MANSILLA

PRIMER PREMIO CATEGORÍA B (12 a 17 años)

Ni el arrollador sonido del despertador ni mi desesperada tía que, desde la cocina me gritaba adjetivos calificativos referentes a la pereza, vagueza, y demás sinónimos, consiguieron que me levantara de la cama, no hasta que el fuerte olor a café recién hecho se me inyectó en las fosas nasales. Lo único que me esperaba era aquel humeante café con leche, de no ser por el fosforito color de la nota sobre la galleta me la hubiera zampado también, y un papel en el cual se redactan razones por las que llegar puntual al instituto no suena benigno.

Yo antes no era así, no antes de que él se fuera, mi abuelo era una paradoja andante, la persona más mayor que conocía, pero la más jovial, con más problemas de salud, pero la más feliz. Siempre lo había admirado y agradecía cada vez que le encontraba en la primera fila de todas mis actuaciones, hasta que ya no, desde entonces me había negado a participar, así que, cuando me di cuenta de que hoy era la actuación me encerré, pero tras una llamada amenazante del director asistí.

Sobre el escenario con los ojos llorosos y la cara hinchada busqué su butaca y me sorprendí al observar que no estaba vacía, un cartel escrito con la misma letra que la nota fosforita descansaba sobre ella: “Él está en ti”.

Así que no dije nada y esbocé una sonrisa.

LAURA ALMARZA CABALLERO

SEGUNDO PREMIO CATEGORÍA B (12 a 17 años)

Once de la mañana, mi móvil vibró, era un mensaje de un número desconocido. Lo abrí y vi ese audio, aunque me pareció muy extraño decidí escucharlo: “Sara voy a morir hoy”. Cuando escuché esa voz la reconocí al instante, era la voz de mi novio, pero como iba a ser eso posible, él había fallecido hace un año, simplemente desapareció y a los meses encontraron su cuerpo. Al escuchar esa voz, solo pude echarme a llorar, cada día que pasaba le echaba más de menos. Era imposible que él me hubiese escrito, pero, ¿y si era él? Eso fue lo que me quedé pensando todo el día. Al volver del trabajo mi móvil volvió a vibrar, otro audio de ese número desconocido: “Estoy en el parque, a las afueras del pueblo, siento que va a ser ahora”. Al escuchar eso solo cogí mis cosas y salí corriendo hacia ahí. Al llegar, otro mensaje, pero este me decía que había sido muy fácil de engañar. De repente vi a un hombre, me apuntaba con una pistola y empezó a hablar. Me dijo que esos mensajes me los mandó mi novio el día que murió, pero que él los borró y le mató. No sabía que hacer, el pánico se apoderó de mí. Él me siguió hablando y me dijo que si no le había traído lo que mi novio le debía, acabaría como él. Yo no sabía de que me hablaba, así que no dije nada. Presa del pánico empecé a correr, pero como era de esperar, la bala de la pistola me alcanzó, poniéndole fin a mi vida.

IRENE CALVO MUCIENTES

TERCER PREMIO CATEGORÍA B (12 a 17 años)

Un día más como otro cualquiera

Abrí los ojos y el destello del sol deslumbraba a través de la ventana, me reincorporé para ponerme esas sandalias tan cómodas que me había regalado mi madre y bajé al salón para prepararme el desayuno que cada mañana comía, unas tostadas de crema de cacahuete con mermelada y mi zumo de naranja preferido.

Entorné la cabeza, dirigiendo la mirada al reloj de la cocina y veo que ya es hora de ir a clase, agarro la mochila con la suficiente sutileza para no hacer ruido a mis padres y les dejo una nota en la nevera para no despertarles.

Llegué a clase, me senté en el pupitre, saqué lo necesario y sonó el timbre: “Ya empiezan las clases”.

Era la hora, salí por la puerta trasera del colegio y los matones de mi clase ya me estaban esperando – como todos los días –, me preparé mentalmente para salir corriendo, agarré con fuerza el collar de mi padre y no lo pensé dos veces, solo necesito pasar por tres calles y estaba a salvo. Giré la esquina, estaba el niño de pelo castaño con ojos verdes, me estaba esperando.

Me agarró del collar y me lo quitó de un tirón dejándome el cuello con heridas, ¿qué me dirá mi padre? “Me han robado mi amuleto”.

Llegué a casa con fatiga y dolor de cabeza, pero si se lo contase a mi padre estaría decepcionado, así que no dije nada.

LUISA DEL POZO

PRIMER PREMIO CATEGORÍA C (+18 años)

El fin del mundo había empezado. Ellos decían que nos encontrábamos ante el principio de una mejor era en todo el planeta, que habían conseguido la manera de llegar al culmen de la evolución humana. Yo, al contrario, sabía que eso no era otra cosa que el plan perfecto para acabar con la humanidad y alimentar su riqueza. Prometieron a las personas una vida plena con todo el placer inigualable a su alcance, la ejecución era sencilla, con una breve intervención «médica» destruían su memoria, eliminando con ella todas sus preocupaciones, y, posteriormente, eran reacondicionadas para que todo su placer proviniese del consumo de los bienes que los más ricos producían. No sabían quien eran ni tampoco tenían aspiraciones fuera del nuevo sistema. Así eran felices, pero ¿qué más eran?

– Por favor, no quiero dejar de ser yo, no quiero olvidar mis recuerdos. – Dije antes de que me convirtieran en una máquina más.

LAURA PÉREZ MUÑOZ

SEGUNDO PREMIO CATEGORÍA C (+18 años)

La primera curva me deja sin aliento – ¿Esto es lo que queda? – Pienso desde mi asiento. Hugo toma la segunda curva y mi cabeza rebota contra el cristal – Esto antes no iba tan rápido.

Una amapola se distingue en la cuneta – ¿Acaso soy la única que se acuerda de ellas? – Es lo único que destaca de entre ramas podridas y secas. – ¿Seguirá en mí su mancha? – Ya entramos al pueblo.

Una última curva y tengo delante la sierra. Se apoderó la ceniza de ella. – ¿Dónde están las amapolas?

Mamá recoge mi maleta y me lleva al museo que queda al subir la cuesta. Las pareces están mal pintadas y el tiempo las ha dejado agrietadas. – Esta ya no es mi casa.

La mesa estaba puesta. De mi silla cuelga un trapo del que antes no se desprendían esos hilillos. – Esto antes estaba en otro sitio.

Al final del pasillo habré llegado a mi destino. La maleta estaba abierta, pero no colocada. Una espada me besa el corazón, mas no puede este dejar de latir por ello. – ¿Dónde me he metido? Me he quedado por el camino.

Abro el armario y me miro en el espejo. Si me fijo bien, veo que seguimos manchados. =
Por favor, no quiero dejar de ser yo, no quiero olvidar mis recuerdos.

ÁNGELA GONZÁLEZ NIEVA

TERCER PREMIO CATEGORÍA C (+18 años)

Era la casa en la que nació su madre. La casa que construyeron sus abuelos, la casa en la que ella había pasado todos sus veranos.

Su padre le enseñó a montar en bici en esa casa, su abuela a hacer mermelada de melocotón, su prima a orientarse en la oscuridad después de una noche de fiesta. En esa casa aprendió a encontrar sombreritos de gnomos, a construirse casetas, a recoger piñones.

Y en esa casa había aprendido a escuchar.

Al cerrar los ojos, todo lo que rodeaba a la casa le hablaba. Los árboles frotaban sus hojas y ella se preparaba para la lluvia. Entendía por el canto de los pájaros cuando llegarían las primeras heladas. Y según el ritmo de la fuente sabía si iba a poder bañarse ese año en su rincón secreto.

Pero esta vez, cuando cerró los ojos, no entendió nada de lo que le llegaba de fuera de la casa. Las hojas parecían gritar, los pájaros huir, la fuente vomitar. Esta vez cerró los ojos y quien le habló fue la casa:

– Por favor, no quiero dejar de ser yo, no quiero olvidar mis recuerdos.

Entonces lo entendió. Desenrolló la manguera y se preparó para proteger de las llamas esa casa y sus recuerdos.

ANTONIO GALÁN SÁNCHEZ